

LA CRÓNICA / CARLES GELI

Unas burbujas: nada ha pasado

Le llamábamos el cuarto de los juguetes, pero no porque hubiera muchos, apenas una decena: era la habitación de los trastos, aunque, eso sí, sobresalían dos tambores de detergente Colón a rebozar de indios sioux, confederados y soldados de la Segunda Guerra Mundial, en anacrónica bacanal. “Como los niños de África deberíais estar, que no tienen nada, entonces los apreciaríais”, nos afeaban en casa cuando no los recogíamos o se rompían con el descuido hijo de la supuesta opulencia. La frase tenía su equivalente gastronómico si no acabábamos lo del plato: “Una guerra tendríais que haber pasado”.

Aquello dejó un poso estoico, huelga decir, en los años de infancia, acorde a la situación financiera familiar; y ya en la edad adulta, mudó en convicción, actitud que se empeñan en contradecir hoy la sesentena de camisas y la treintena de jerséis que curvan las estanterías del ropero, los tres juegos de café, la veintena de zapatos y zapatillas de toda ocasión y color, otras tantas cazadoras y abrigos, el centenar de bolígrafos, la quincena de gorras por estrenar por timidez, la miriada de copas de vino y cava, la media docena de relojes de pulsera...

No son, proporcionalmente, los 238 juguetes que al menos tienen hoy los niños ingleses (aunque sólo juegan con 12) ni alcanzan los 300.000 artículos que almacena una casa media de Estados Unidos, pero, aun así, sin darme cuenta he empezado, no sé cuándo ni cómo, a desprenderme de cosas, incluso de lo más sagrado, de libros, purgas ejecutadas bajo una inclemente letanía: “No voy a vivir tanto para leer esto con lo que aún me falta por leer”.

De pronto, es como si uno se hubiera cansado de poseer. Y eso a pesar de que tanto me creí ese sucedáneo de felicidad, sin límite alguno sobre cualquier bien o ser vivo, que hasta llegué a creer que los diarios eran de los periodistas y que podíamos hacer temblar a los malos: pero nunca los medios fueron nuestros y ya hace demasiado que ni nos dejan dar miedo a nadie.

Me cuesta tirar las cosas, a las que impregno de atribuciones simbólicas (dónde la adquirí, con o para quién, quién era yo entonces...), esforzados médiums para revivir instantes que sabemos que no tendrán segunda oportunidad; pero en los momentos de duda al desprenderme de algo asoma



Steve Jobs, en un piso sin muebles. / DIANA WALKER (GETTY IMAGES)

la fábula de Italo Svevo: “Una hormiga se muere y mientras muere, piensa: ‘El mundo muere’. No, no somos tan importantes y hay ya que empezar a soltar lastre.

Desear menos (Gatopardo Ediciones) era, pues, un título atractivo aquí y ahora. “El minimalismo se vende como simple, sencillo y sostenible, pero es justo lo opuesto; compramos para ser minimalistas”, sentencia Kyle Chayka, autor del libro y experto en tecnología de *The New Yorker*, invitado del CCCB hace unas semanas. “El minimalismo se ha convertido en una cosa para privilegiados”, le escucho yo ya en pleno desconcierto interior. Miro disimuladamente: en un auditorio de indumentaria casi monocolor (triumfa el negro-gris), no sé si buena parte de los asistentes han caído en la trampa que denuncia Chayka, incluido él con su ropaje aparentemente sencillo (camiseta y camisa arremangada), pero que se antoja de tienda cara.

La tesis es minimalista y se expresa como tal (apenas unas diapositivas tras el jo-

Asoma en uno la sincera necesidad de tener menos, de ir más ligero de equipaje... No se sabe bien adónde

“El minimalismo es una forma absoluta de elitismo”, afirma Kyle Chayka ante las posturas de Jobs o Kardashian

ven, sentando frente a la socióloga Liliana Arroyo: mesilla en el centro y dos esferas de luz en el suelo a los lados del escenario). A saber: desear menos estaba ya en los estoicos y el budismo zen, pero la propuesta se va corrompiendo como todo y empieza a dar señales de cosa enfermiza cuando la *Casa de Cristal* de Philip Johnson (1948), toda de vidrio transparente; y el delirio es ya la gigantesca vivienda forrada en blanco y negro de superficies pulidas respunteadas por esporádicos y fríos objetos de la diseñadora Donna Karan, o la mansión de blanco marmóreo y vacíos hirientes de la *socialité* Kim Kardashian.

“No hay nada que experimentar ni vivir ahí, ¿no les parece?”, interroga el experto, que extiende la plaga minimalista al botón para aislarse del exterior de los exclusivos auriculares BOSE. “Nuestra casa de cristal personal es hoy el iPhone”, remata, aunque no es el bofetón mayor que le endilga a Steve Jobs: lo saca sentado en el suelo de su casa, sin mueble alguno, pero con una lámpara de pie de Art Nouveau de Tiffany de las buenas al lado y un aparato de música de 8.000 dólares. “Ser rico es no tener nada...”, ilustra, cáustico, Chayka. O aparentar no tenerlo, pienso. “El minimalismo es una forma absoluta de elitismo”, dice mientras despiden la imagen de Jobs. El fundador de Apple no sale tan vapuleado como Marie Kondo, la gurú de la cosa de deshacerse de todo para ser más feliz: “Es irónico: viene incluso a tu casa a ayudarte a tirar objetos... para que cuando te hayas desecho de todo compres lo que vende en su web y que tú ya tenías”. Y se ceba: “En Brooklyn vi su libro tirado en el suelo tras ser leído...”. El colmo de su método.

Quizá estoy bajo ese influjo, instalado en la dorada medianía de un mundo cada vez más precario. A saber qué fantasmas pueblan el desván del inconsciente, pero creo sentir una sincera necesidad imperiosa de tener menos, de ir más ligero de equipaje no sé bien adónde, quizá como paso previo para desprenderse de uno mismo. “Si no fuera por las sombras, no habría belleza”, sentenció Junichiro Tanizaki. Sí: en el extremo del no tener, ya ni estar, pasar a ser una sombra y apartarse para ayudar, con la ausencia, a crear belleza. Deshacerse hasta de este narrador implícito que ha sido siempre muy superior al autor real, recitando en esa despedida, despojados de su halo suicida, los versos de Longfellow imborrables desde la lectura juvenil del *Martin Eden* de Jack London: “Está el mar tranquilo y sereno, / y ya todo duerme en su pecho. / Un paso y se ha terminado... / Unas burbujas: nada ha pasado”.

El Govern desbloquea el plan del macrocasino de Hard Rock

La negativa de Salou a aceptar revisiones de la fiscalidad anticipa nuevos escollos para el proyecto junto a Port Aventura

MARC ROVIRA, Barcelona

El ambicioso proyecto para levantar en la Costa Daurada un complejo hotelero turístico dedicado a los juegos de azar y a las apuestas recibió ayer un espaldarazo por parte de la Generalitat y de los ayuntamientos de Salou y Vila-seca. En una reunión de la junta del Centro Recreativo y Turístico (CRT), celebrada de forma telemática, se aprobó por unanimidad el nuevo plan director urbanístico que le debe permitir a la multinacional norteamericana Hard Rock levantar este megacentro con casino, junto a Port Aventura.

El trámite de aprobación supone el primer paso para romper la parálisis que arrastra el proyecto. En septiembre de 2020, el Tribunal Superior de Justicia de Cataluña (TSJC) tumbó el anterior plan urbanístico porque había sectores del complejo que quedaban demasiado cerca del polo de industria química en la zona, lo que suponía un riesgo. El empuje al nuevo plan tiene que ser refrendado el próximo martes por la comisión provincial de urbanismo de Tarragona, y después se abrirá un período de exposición pública para presentar alegaciones.

La plataforma Aturem BCN World anuncia que, una vez trascienda el contenido del plan, preparará una batería de impugnaciones.

El alcalde de Salou, Pere Granados, celebró el desbloqueo administrativo porque da “luz verde” a la construcción del megacomplejo turístico. “Es una herramienta esencial para que los inversores puedan empezar a construir”, afirmó Granados. El regidor había exigido premura a la Generalitat para activar lo que popularmente se conoce como BCN World. Alega que es un proyecto “muy bueno para

Salou, para Vila-seca y para Cataluña”.

El consenso mostrado por la Generalitat y los ayuntamientos de Salou y Vila-seca en lo relativo a la planificación urbanística se quiebra cuando se aborda la fiscalidad del megacomplejo. El Departamento de Economía de la Generalitat y el Consistorio de Vila-seca, gobernado por Junts per Catalunya, defienden la necesidad de retocar la distribución de ingresos que genere la instalación. Salou se opone en redondo y ha avanzado que no piensa transigir en ninguna modificación. “Se pretende favorecer a Vila-seca, incrementando, aún más, la recaudación de aquellos impuestos que genera Salou y le corresponden a Salou”, critica Granados.

El recelo fiscal mostrado por Salou puede volver a hacer embarrancar el proyecto. Se trata de otro capítulo del culebrón que representa la historia de BCN World. El complejo turístico con casino y salas de apues-

tas se proyecta en unos terrenos que están pegados a Port Aventura y que son propiedad de Criteria, el brazo inversor de la fundación bancaria La Caixa. Las fincas están valoradas en 120 millones de euros. Hard Rock prometió en 2017 su voluntad de invertir 600 millones de euros en la primera fase del Hard Rock Entertainment World. Una partida que siempre condicionó a tener pista libre para operar. La aprobación del plan director urbanístico es el salvoconducto que permite construir dos hoteles con más de 1.000 habitaciones y un megacasino, además de un área comercial con 75 tiendas.

Cuando en 2012 el Govern de Artur Mas presentó el proyecto de la compañía Veremonte para levantar un megacomplejo de casinos en la Costa Daurada, y contrarrestar el efecto de la presunta marcha de Eurovegas a Madrid, la idea primitiva contemplaba una inversión de 5.000 millones de euros y la creación de 20.000 puestos de trabajo directos.